

# Literatura, traducción y política: Miguel Antonio Caro y su proyecto de construcción de nación<sup>1</sup>

Sindy Tatiana Bedoya Mesa  
Magíster en Literatura  
Universidad de los Andes  
<https://orcid.org/0000-0002-9139-5348>  
[st.bedoya@uniandes.edu.co](mailto:st.bedoya@uniandes.edu.co)

## Resumen

Parte de la tradición crítica ha tendido a estudiar la obra de Miguel Antonio Caro separando su pensamiento en dos líneas distintas: el político, por un lado, y su tarea como humanista, por otro. El presente artículo se propone analizar su labor de crítico literario y de traductor como parte fundamental de su proyecto político: el de diseñar y consolidar un proyecto de nación colombiana. El objetivo, pues, consiste en evitar la división mencionada, que, como propongo, ha obstaculizado la comprensión de su proyecto de nación como un todo, en el que las discusiones políticas y las reflexiones sobre literatura nacional e incorporación de otras literaturas son esenciales.

**Palabras clave:** Crítica literaria; literatura nacional; Miguel Antonio Caro; nación; traducción.

## Literature, Translation and Politics. Miguel Antonio Caro and his Nation Building Project

### Abstract

Within criticism, Miguel Antonio Caro's work has traditionally been studied by separating his thinking into two different lines: the political, on the one hand, and his humanist work, on the other. This article proposes the analysis of his literary critic and translation as a fundamental part of his political project: designing and consolidating a Colombian nation project. The objective, then, is to avoid the aforementioned division, which, as I propose, has hindered the understanding of his nation project as a whole, in which political discussions and reflections on national literature and the incorporation of other literatures are essential.

---

<sup>1</sup> **Procedencia del artículo:** Este artículo surge del proyecto de investigación, ya concluido, con el que obtuve el título de maestría, dirigido por la profesora Carolina Alzate de la Universidad de los Andes. Actualmente me desempeño como docente de cátedra de la Universidad de los Andes.



**Keywords:** Literary criticism; national literature; Miguel Antonio Caro; nation; translation.

**Recibido:** 01 de febrero del 2022. **Aprobado:** 21 de junio del 2022

Artículo de reflexión

<https://doi.org/10.25100/poligramas.v0i55.11924>

**¿Cómo citar este artículo en MLA? - *How to quote this article in MLA?***

Bedoya Mesa, Sindy Tatiana. “Literatura, traducción y política: Miguel Antonio Caro y su proyecto de construcción de nación”. 55 (2022): e.3011924 Web. Fecha de acceso (día, mes en mayúscula y abreviado, y año).

[...]  
Resurgen las Españas  
Doquier suba al Empíreo  
En castellano acento  
Cristiana invocación.  
Doquier sus ondas vuelva,  
Ciñe asombrado el piélago  
Los miembros renacientes  
De la inmortal Nación.  
  
¡Qué amplio el patrio horizonte!  
Madre y adultos vástagos  
Concorde unión estrechan  
Tras la nefasta lid.  
De esfuerzos, de dolores,  
Este es dichoso el término,  
¡Oh sombras venerandas!  
Tranquilas ya dormid  
[...]

Miguel Antonio Caro, “La reconciliación”

El siglo XIX colombiano se caracteriza, entre otras cosas, por las discusiones constantes sobre la conformación de la nación. Las confrontaciones políticas estaban mediadas por distintos proyectos de nación que pretendían imponerse sobre territorios y poblaciones. Debido a la complejidad que suponía en esa época este concepto de nación, las élites intelectuales y políticas pudieron conformar su campo semántico de acuerdo con sus propios intereses, pues, como afirman Humberto Quiceno et al., los discursos y ensayos producidos en esta época

[...] refieren una élite de la cultura, de la ciencia, de la razón, de la política que asumió funciones tutelares en el control de la sociedad. Una élite capacitada poseedora de las luces de la razón y la ciencia aparece como la principal productora de discursos no solamente acerca de la nación. (13)

En ese sentido, los intentos para poner en práctica las diversas concepciones de nación dieron lugar a distintos proyectos políticos, entre ellos el del Radicalismo y el de la Regeneración<sup>2</sup>.

Miguel Antonio Caro (1843-1909) defendió, a través de sus múltiples ensayos y discursos, un tipo específico de nación en la que la religión católica y el hispanismo —enfocado, principalmente, en la preservación lingüística— cumplían papeles fundamentales. Estos postulados vinieron a consolidarse e imponerse en la Regeneración tras redactar la constitución de 1886, escrita por Caro y José María Samper, principalmente, y respaldada por el presidente de la época, Rafael Núñez (1825-1894), a través de la que “el Estado brinda las condiciones para que la Iglesia haga presencia efectiva en los espacios sociales” (Cortés 495). El nombre del proyecto, “regeneración”, implica volver a un estado anterior en el que las “heridas” causadas por las políticas anteriores —como la descentralización del poder o la laicización del país emprendidas por la constitución liberal radical de 1863— pudieran sanar y retornar a su estado “natural”.

Este proyecto de nación, según Erna von der Walde, supuso que “los saberes letrados, la fe católica, el hispanismo serían dominio de unos pocos que legitimarían con ello su derecho al poder” (s.p.). El análisis de von der Walde parte de la propuesta de Ángel Rama, en *La ciudad letrada* (1984), según la cual los letrados cumplen una función legitimadora del poder y detentan y ejercen ellos mismos un poder. Así, la figura de Miguel Antonio Caro no solo tiene importancia en cuanto a su participación política en el proyecto de Regeneración, sino también por su autoridad como humanista —gramático, filólogo, crítico literario, traductor y poeta—, que en último término sustenta

---

<sup>2</sup> Las fechas de ambos proyectos políticos son difíciles de establecer, debido a que en un momento las ideas de ambos proyectos se llevaban a cabo al mismo tiempo. Se pueden establecer, tal vez, fechas de mayor dominio. Los historiadores han situado el proyecto del Radicalismo entre 1863 y 1886, si bien desde 1853 regía una constitución liberal; para el caso de la Regeneración, el comienzo se establece entre 1886, momento en que se escribe y sanciona la Constitución, y 1887, con la firma del concordato con la Santa Sede; el final de este proyecto se sitúa entre el fin de la Guerra de los Mil Días en 1902 o el final de la República Conservadora en 1930. Véase al respecto los libros *El radicalismo colombiano del siglo XIX*, editado por Rubén Sierra Mejía, y *La batalla de los siglos. Estado, Iglesia y religión en Colombia en el siglo XIX. De la independencia a la Regeneración*, de José David Cortés.

la del político. Al respecto, Malcolm Deas sugiere que, durante este siglo, “la gramática, el dominio de las leyes y de los misterios de la lengua, eran componente muy importante de la hegemonía conservadora que duró de 1885 hasta 1930, y cuyos efectos persistieron hasta tiempos mucho más recientes” (28). En el caso de Caro, como ya lo señalé, no solo se trata de su poder como gramático, sino como humanista en general: a través de su conocimiento literario y humanístico, logró consolidar y fortalecer una línea de poder político e ideológico que influyó notablemente en la historia colombiana.

Puede afirmarse, sin embargo, que algunos estudios de la obra de Miguel Antonio Caro se han hecho en dos vías separadas: por un lado, el estudio de su obra política en relación con la historia de las ideas de la época y, por otro, desligado del anterior, el análisis de sus obras literarias y su relación con la tradición clásica en Colombia<sup>3</sup>. Examinar ambos corpus como si fueran independientes obstaculiza una comprensión cabal de su proyecto de nación, en el que tanto las reformas políticas —las más ampliamente estudiadas— como el desarrollo y consolidación de una literatura nacional forman una unidad. Así pues, en este artículo me propongo analizar la obra literaria de Caro como parte de la unidad de ese proyecto.

La producción humanista de Caro es amplísima. El corpus que propongo analizar lo conforman su crítica literaria, reunida en los tomos II, III, IV y V de sus *Obras completas*, y una selección de estudios sobre traducción, recogidos en los mismos tomos y en su libro *Traducciones poéticas*. Mi objetivo es analizar los pilares fundamentales de sus ideas sobre literatura nacional y traducción, bajo la hipótesis de que son aquellos mismos los que configuraron su proyecto político de construcción de nación. La separación que usualmente se encuentra en la crítica sobre Caro —o político o filósofo o filólogo o poeta— quedaría invalidada en la medida en que estas diversas prácticas escriturales se revelarían como parte de un único proyecto: construir y consolidar el proyecto de nación colombiana.

---

<sup>3</sup> Me refiero aquí, por ejemplo, a los estudios de Santiago Pérez, Jaime Jaramillo Uribe o Rafael Alfonso Rubiano, en la línea política-filosófica, y los de José Manuel Rivas o John Fredy Ramírez, en la línea humanista. Otro ejemplo es la compilación de ensayos *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época*, editado por Rubén Sierra que, si bien propone analizar el papel de Caro como líder intelectual, teniendo en cuenta sus aportes (y limitaciones) en campos como la política, la filosofía, sus ideas sobre la literatura, etc., está dividido en capítulos, desarrollados por distintos académicos, que vuelven a la misma segmentación que he comentado. No obstante, hay otra línea de investigación fundamental como antecedente que analiza la relación entre lengua y política en la que se enmarcan los estudios de Malcolm Deas, Diana Paola Guzmán o Andrés Jiménez, por ejemplo.

## I. Crítica literaria

¡Fuérame dado proponer a vuestra consideración, como en magnífico cuadro, la influencia que tienen estos estudios literarios y filosóficos, en la elevación de los espíritus, y en la cultura y grandeza de las naciones!

Miguel Antonio Caro, "Oración de estudios"

Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912) consideraba a Miguel Antonio Caro "uno de los más eminentes humanistas que la raza española ha producido durante el siglo XIX" (Menéndez 293). Por su parte, Antonio Gómez Restrepo (1869-1947) afirmaba que Caro era "el iniciador de la crítica literaria en Colombia" (18). Estas opiniones dejan claro, si no la solidez de la crítica literaria de Caro, sí su relevancia y la de su vasta obra en el contexto intelectual de la época. De la afirmación de Menéndez Pelayo me interesa resaltar dos elementos fundamentales: primero, la figura de Caro como humanista, que, además de los estudios filológicos que legó a la tradición clásica, se fundamenta también en sus múltiples reflexiones sobre la literatura, específicamente su noción sobre poesía y literatura nacional; en segundo lugar, la manera en que destaca el hispanismo como eje central en el desarrollo de su crítica literaria. Además de estos dos elementos, para analizar los estudios literarios de Caro, como me propongo hacerlo, debe tenerse en cuenta que su noción de literatura tiene, a su vez, una relación con la necesidad de construir identidad nacional a partir de los dos ejes que ya mencionamos: hispanismo y religión.

Conviene, en primer lugar, dar cuenta del papel que Caro le atribuye a la literatura y a los estudios literarios en la sociedad de su momento. Para Caro, la literatura está ligada a las discusiones políticas y sociales de la época: "la literatura de un pueblo es su lengua misma, dotada de ánima viviente por sus grandes escritores. Identificándose con la literatura, la lengua íntima relaciones con el estado social y político de los pueblos" ("Americanismo" 120). A sus ojos, el crítico debía conocer el campo literario (que en la época incluía también las discusiones gramaticales y filológicas) y tener una participación política activa. El letrado tenía un compromiso con la sociedad, pues, como afirma, "la asociación de esfuerzos inteligentes es tan necesaria para componer la historia, formar el gusto y ejercitar la crítica investigadora e imparcial, como es necesaria en otros departamentos de la sociedad civilizada para desarrollar la riqueza y perfeccionar la industria" ("Fundación" 141).

La conjunción de escritura y poder juega un papel fundamental en la consolidación de las élites intelectuales latinoamericanas durante el siglo XIX, y es clave en la definición del letrado propuesta por Ángel Rama. En *La ciudad letrada*, Rama analiza la función de la letra como medio legitimador del poder y, así, como medio que diseña y busca perpetuar el orden social. Los letrados “no solo sirven a un poder, sino que también son dueños de ese poder” (36). En este sentido, la ciudad letrada se constituye como un “anillo protector del poder” (Rama 32) en la medida en la que moldea y trabaja con signos culturales que se resguardan como inamovibles y sagrados. Para Caro, estos símbolos son aquellos que unen la cultura americana a la cultura española y, por supuesto, deben ser tan inamovibles como la organización social misma, por lo que se debe garantizar su permanencia. De ahí que la lengua castellana deba cuidarse de cualquier cambio: “se ha temido”, señala, “que los rumores advenedizos y callejeros sean soplo potente a derribar el trono en que se asienta, con triple aureola de gloria, literaria, política y religiosa, la Lengua Castellana” (“Americanismo” 136). Los peligros que la cercan llevan a Caro, como señala David Jiménez, a concentrar su trabajo en “imponer y mantener la ‘supremacía de la cultura meridional’ contra la irrupción de ‘bárbaras’ influencias” (95). La postura conservadora hispanista caracterizó a una parte importante de la clase dirigente colombiana a lo largo del siglo XIX y estuvo constituida, principalmente, por letrados que daban a la lengua española, a la religión católica y a la literatura hispánica un papel fundamental. Tras el triunfo político de la Regeneración, Miguel Antonio Caro actuó como vicepresidente de Rafael Núñez entre 1882 y 1884 y, luego, fue presidente de la República entre 1892 y 1898.

Caro afirma que la literatura se relaciona estrechamente con la política y la sociedad, y que tiene con respecto a ellas un fin moral y espiritual. Tiene como objetivo “elevar las facultades mentales, [...] ejercitarlas, y darles alimento, por lo cual [...] se ha definido [como] ‘el arte de pensar’” (“Oración” 99), y debe aspirar a una idealidad que trascienda los modelos reales, de tal manera que posibilite esa elevación del espíritu. Como afirma David Jiménez:

El arte [para Caro] propone siempre una realidad superior a la de la experiencia. No una realidad inexistente, deseada o soñada, como es el caso del romanticismo, sino una realidad existente, trascendente, que se mantiene frente a la realidad empírica como un modelo imperativo, aunque no sea eventualmente reconocido. Para eso vale la crítica, entre otras cosas: para que no se haga en el arte

caso omiso de esa relación con el ideal, para que se recuerde y se resalte, o para que se reproche su ausencia en ciertas obras. (87)

Como se observa, la crítica literaria juega, para Caro, un papel de censor, y su función es la de legitimar unos productos artísticos sobre otros; él privilegia aquellos que puedan ejercer como “anillos protectores” del poder, retomando a Rama, porque tanto el fin moral como la función social de la literatura debe pasar primero por este filtro legitimador del poder. En este sentido, no solo se encarga de censurar los productos culturales ajenos a sus propios intereses y proyectos políticos, sino que también debe construir productos culturales nuevos, afines a estos intereses<sup>4</sup>.

La función legitimadora y de censor de la literatura está relacionada con el poder que le es dado, en la época, al dominio de la lengua española y al conocimiento de la gramática. Como señala Gilberto Loaiza Cano, en un momento en el que la mayoría de la población es analfabeta, el conocimiento de la lengua y, por tanto, de los productos escritos, se convierte en un signo de poder y de autoridad. La imagen de autoridad se consolida a través del dominio de la lengua española, de ahí que la literatura puede considerarse también un vehículo para “afianzar los principios de legitimidad del personal político, de la necesidad de fijar un orden o, mejor, un ideal de orden en la vida social en que los hombres de razón ocupan un lugar determinante”<sup>5</sup> (Loaiza 184). Al respecto, Baldomero Sanín Cano (44) denuncia en 1888, en su artículo “Núñez poeta”, el hecho de que la literatura se convirtiera, por parte de Núñez y Caro, en un instrumento ideológico y político. La literatura, plantea Sanín Cano, no debe usarse como herramienta política y doctrinaria, pues la obra artística debe ser autónoma y tener en sí misma su valor estético. Por supuesto, la autonomía de la literatura defendida por Sanín Cano ataca directamente el proyecto de Caro —y el de las élites letradas conservadoras<sup>6</sup>—.

Ahora bien, teniendo en cuenta este papel censor y legitimador, es pertinente remitirse a la crítica literaria de Caro que, en su mayor parte, está centrada en el género poético, tanto de la tradición clásica —específicamente Virgilio y otros poetas

---

<sup>4</sup> Si bien aquí nos referimos a la relación entre literatura y poder, vale la pena aclarar que este poder legitimador se extiende hacia todo producto escrito. Tal como afirma Loaiza Cano, las élites se propusieron “escribir la nación”, lo que suponía escribir textos científicos, legales, etnográficos, etc. que respaldaran su ideal de país (85).

<sup>5</sup> Para ampliar la relación entre gramática y poder, recomiendo el estudio de Malcolm Deas en su libro *Del poder y la gramática*.

<sup>6</sup> Se ha pretendido, a lo largo de distintas investigaciones, una contienda entre Caro y Sanín Cano al respecto de este tema, en las “Cartas abiertas a Brake”. Sin embargo, gracias a la lectura de Arango, en la corrección de este artículo se abandonó tal premisa, pues es evidente que el autor de estas cartas no es Caro.

romanos— como de la española. Este predominio de la poesía está relacionado con el concepto que tiene Caro de la novela, género moderno por excelencia, y que él considera ajeno a la verdad y, en consecuencia, a cualquier elevación del espíritu. Como señala David Jiménez, mientras:

Samper, Vergara y Camacho Roldán esperaban del surgimiento y desarrollo de la novela entre nosotros la constitución de una auténtica literatura nacional [...] Caro, por el contrario, avizoraba en ese género una puerta de entrada para la fantasía desbordada, la literatura de mera diversión sin ideas, la derrota definitiva del clasicismo y el triunfo de la modernidad. (92)

Si tenemos en cuenta la noción de literatura de Caro, elementos como la fantasía o el placer gratuito chocan directamente con la necesaria relación entre literatura y moral, porque implicaría la sustitución de la verdad —religiosa— por la ficción. Como ya lo señalamos, para Caro es fundamental que la literatura eleve el espíritu de las naciones mediante la fuerza de la idealización. La poesía cumple esta característica plenamente: “la poesía [es] como un don que el cielo dispensa a los hombres para que se perfeccionen y se amen, no para que se destrocen y corrompan” (“Carta literaria” 6).

En un estudio sobre el *Quijote*, el objetivo fundamental de Caro es argumentar por qué no debe considerarse como una novela a esta obra de Cervantes, sino que debe interpretarse como un poema nacional. Uno de sus argumentos tiene que ver con que España, tan particular en su ser, requiere un texto que retrate esta particularidad: “España es el pueblo más original del mundo, y el libro que le retrata ha debido ser en alto grado original” (“El Quijote” 143). Así pues, siguiendo a Caro, el *Quijote* no es el origen de la novela moderna, sino un poema único en su especie y que en su singularidad puede considerarse un poema nacional, tal como la *Eneida*, de Virgilio: en él están “aquel pensamiento que interesa a la humanidad, aquellos atributos peculiares en que se abrevia una nación, y aquel estilo suyo propio, en fin, con que el poeta viste su obra” (143). El poema nacional debe dar cuenta no solo de las peculiaridades de cada nación, sus costumbres y sus formas, sino precisamente expresar la idealidad que arriba mencionamos. El estilo de Cervantes es también elogiado por Caro: “[d]ifícil parece y aun imposible que los aliños poéticos alcancen un tan alto grado de perfección si no sirven de ornamento a nobles sentimientos y a grandes ideas” (“Virgilio” 168). El *Quijote* es digno de



alabarse en la medida en que se constituye como poema nacional de los españoles y, de paso, de América:

[...] siendo el 'Quijote' el libro más genuinamente español, y no teniendo los americanos un poema nacional y popular, sigue aquél copiando, por anticipación, nuestras costumbres y caracteres con más exactitud que ningún otro; y por cuanto es el libro de nuestra raza, es también el libro de nuestros pueblos de América. ("El Quijote" 152)

En esa medida, el humor, que no puede obviarse en el *Quijote*, también hace parte de ese proyecto más elevado de Cervantes: "si un poema nacional ha de retratar el genio de la nación, mucho de festivo le cumple ser tratándose de un pueblo tan serio en ciertas cosas, pero tan bromeador en otras, como el español" (151). Esta necesidad de establecer al *Quijote* como poema nacional está relacionada con las múltiples discusiones que se dieron alrededor de la poesía romántica latinoamericana, cuya mirada, aunque también buscaba en la poesía una forma de construir patria y nación, se dirigía hacia las fuentes nativas, a las propiamente americanas. Al respecto, vale la pena tener en consideración el estudio de Pedro Barreda y Eduardo Béjar sobre la poesía romántica hispanoamericana en el siglo XIX. Los autores señalan que la poesía romántica hispanoamericana estaba íntimamente ligada a la necesidad de construcción de nación y a la conformación de identidad nacional. A través de la poesía se intentó construir una idea de patria, "aparentemente natural y hondamente emotiva", que bien podría asimilarse al concepto de comunidad imaginada propuesto por Anderson<sup>7</sup>. La poesía romántica, así concebida, respondía entonces a intereses particulares de sectores importantes de la ciudad letrada que concebían al yo poético individual en continuidad con la colectividad, el "yo colectivo" "de la nación como patria utópica" (2). Estos intereses, según los autores, eran de carácter nacionalista, debido a que los letrados de la época se dieron cuenta del poder de la palabra poética para crear la comunidad lectora que debería ser una nación, palabra que "imagina verbalmente una patria, y a la vez, pretende corroborar su existencia más allá de la palabra" (Barreda y Béjar 3). El romanticismo sería, pues, una palabra de poder ejercida por una hegemonía letrada que busca modelar una nación específica.

---

<sup>7</sup> La nación se constituye, según Anderson, a través de "artefactos culturales de una clase particular" (21); clase particular que, en este caso específico, puede relacionarse con la clase intelectual. En ese sentido, la nación es "una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana" (23).

Con todo, el romanticismo, como lo señaló Víctor Hugo, es la expresión del liberalismo en la literatura<sup>8</sup>. Así, basa su discurso en las nociones liberales de libertad, igualdad y progreso, y necesidades nacionales que conjugan el sentimiento individual. Ese romanticismo en Hispanoamérica desarrolla lo que se conoce como “americanismo literario”, el cual se sustenta en la lengua hablada y en las costumbres populares como elementos de legitimación de su construcción de identidad nacional.

Miguel Antonio Caro compartía con sus contemporáneos románticos la intención de generar, por medio de la poesía, una identidad nacional que permitiera, consecuentemente, la creación de una nación. No obstante, la idea de nación que idealizaba Caro en sus poemas se correspondía más con la corriente clásica, en la medida en que, si bien hay una necesidad de volver a los orígenes, tal como sucede en la poesía romántica, estos orígenes no corresponden a la tradición vernácula, sino que mira hacia la tradición española y latina —de ahí la necesidad de que el *Quijote* se convirtiera en poema nacional—. Entonces, hay una gran diferencia entre el espíritu romántico y el espíritu clásico hispanista, pero esta no tiene que ver con la noción del poder de la poesía en la sociedad, sino más bien con una disputa por ese poder que se juega en los distintos símbolos culturales a los que ella recurre: un origen laico vernáculo interpretado por los letrados liberales, en la primera, y una tradición colonial española y católica que se dice descendiente legítima de la tradición latina, en la segunda.

La verdad a la que aspira Caro también es otra. Caro plantea que esta trascendencia de la poesía está relacionada con su carácter religioso: “Todo ideal es directa o indirectamente religioso, porque todo ideal es en sí mismo superior a la materia, y supone en quien lo concibe, una tendencia ascendente, una aspiración a lo infinito” (“Tejera” 322). La verdad trascendental que busca la poesía es la verdad divina, subordinada al espíritu católico. La poesía para Caro no supone tampoco la experiencia de un individuo, sino la experiencia superior proveniente de Dios. El carácter religioso y universal de la poesía es lo que le interesa a Caro de autores como Virgilio: “Virgilio, alma naturalmente cristiana, amó la soledad, y por sendas escondidas aspiró a la verdadera gloria, uniendo a la profundidad del sentimiento religioso, el calor y la fuerza de un orgullo nacional bien entendido” (“XIX centenario” 192).

---

<sup>8</sup> En el prefacio a *Cromwell*, Víctor Hugo señala: “Ha llegado el tiempo en que la libertad, como la luz, penetrando por todas partes, penetra también en las regiones del pensamiento. Es preciso inutilizar por inservibles las teorías, las poéticas y los sistemas. Hagamos caer la antigua capa de yeso que ensucia la fachada del arte”.

Muchos de los artículos que escribe Caro sobre Virgilio resaltan su carácter cristiano *avant la lettre* para “disculpar” en él su tradición pagana. Virgilio se adelanta a la cosmovisión cristiana, fundamentada en la piedad, la caridad y el amor fraterno:

Procediendo con tan espiritual discernimiento Virgilio se aparta del paganismo, que levanta aras a los brutos grandes y fuertes y diviniza al hombre aumentando groseramente sus facultades físicas; y manifiesta presentir las inspiraciones de una religión cuyo divino fundador, en medio de su infinito poder, quiso dar ejemplos de humana grandeza, luchando con la tentación, llorando amargamente y sudando sangre. ¿Y cuál es el título de superioridad, que respecto del arte pagano presenta el arte cristiano, sino el de distinguir la debilidad de la culpa, el dolor del crimen, la pobreza del deshonor y haber dado tanta belleza al dolor, a la pobreza y a la debilidad misma? (“Virgilio” 192)

Estas características permiten considerar a Virgilio, según su criterio, como un poeta completo y superar el “paganismo” que otros críticos enfatizan en él. Su idealismo y su religiosidad hacen que su poesía se destaque y que deba valorarse adecuadamente. El mismo criterio es empleado por Caro para estudiar casos contrarios. Por ejemplo, sobre la poesía de Víctor Hugo, Caro señala:

Víctor Hugo ha sido gran poeta cuando ha pedido inspiración al cristianismo; cuando ha dejado ese campo, haciendo alarde de escéptico, ha caído en la puerilidad o en el delirio. En él hay dos hombres, enteramente y a todas luces distintos: el poeta de corazón cristiano y generoso, que conversa con los niños y las vírgenes, y el tribuno revolucionario, que adula a la plebe comunista. ¿Quién no ha reparado en esa misteriosa dualidad? (“Tejera” 339)

La religión se convierte en la ley principal del espíritu creador pues, una vez se deja de lado, “ya no hay firmeza, ya no hay rumbo en el pensamiento; por ello cesa de manar la verdadera poesía” (Caro, “La religión” 388). La función del crítico, como vimos arriba, consiste en verificar que se cumpla este requisito necesario y, de no cumplirlo, advertirlo y cuestionarlo. Esto aplica también para el momento de acusar al poeta directamente, pues su obra es un reflejo de su moral y su talento poético está atado a sus creencias religiosas:

El talento poético y el sentimiento religioso son cosas distintas, pero no independientes, ni tan separables, que deje el primero de padecer graves perturbaciones, y aun de degradarse y extinguirse cuando falta la luz de la fe y el calor de los nobles y puros afectos que alimenta la piedad. Las pasiones y los vicios enronquecen y apagan el timbre de la voz: y la descreencia y apostasía roban al canto del poeta las vibraciones gratísimas que salen de un corazón creyente, no agostado por la duda. (“Tejera” 334)

Por otro lado, el estudio de la poesía para Caro también supone “[e]l estudio de los buenos escritores [...] [y] de los medios de expresar perfecta y hermosamente el pensamiento; este estudio es una ampliación del de la lengua patria” (“Carta literaria” 6). En ese sentido, el tema de la imitación fue importante en la crítica literaria de Caro, en respuesta —según se entiende de sus afirmaciones— a la promoción de la búsqueda de originalidad por parte de los románticos. La imitación es, siguiendo a Caro, “una condición necesaria, a menos que suprimamos la humana naturaleza” (6). El poeta ha consolidado su talento a través de modelos; incluso Byron —poeta aclamado por muchos de los contrarios de Caro— “estudiaba, amaba, imitaba y traducía a los clásicos griegos, latinos e italianos. Así fue, y no en la ignorancia, como educó su genio” (8). Esta tendencia humana a la imitación explica la necesidad de volver a los clásicos grecorromanos y a los clásicos españoles, porque es precisamente allí donde se encuentran los modelos dignos de imitarse, no solo por su superioridad moral, sino por su capacidad de construir nación.

Así, los múltiples estudios de Caro sobre Virgilio y los poetas españoles dan cuenta de los orígenes que nuestro autor quiso establecer para la nación: “para la particular perspectiva de Caro, los estudios sobre Virgilio eran parte de una estrategia cultural y política, algo así como los cimientos de una construcción histórica donde asentar el presente” (Jiménez, D. 82). Según Caro, estos cimientos de los cuales carecía, en principio, el pueblo americano, se podían encontrar, en la literatura clásica y los modelos españoles del Siglo de Oro.

A Caro le interesaba Virgilio por su carácter religioso, pero, sobre todo, por cómo entronca con este el carácter político: “Ha de haber en la *Eneida* la sombra del pensamiento nacional, un pensamiento universal, un pensamiento digno del hombre, supuesto que al hombre interesa. Este pensamiento brota de la visión religiosa, de las concepciones sobrenaturales del poeta” (*Obras de Virgilio* L). Virgilio representaba para Caro un modelo formal y, al mismo tiempo, una estructura moral digna de imitarse y perpetuarse, “contra

la corrupción romántica del gusto, contra las modas caprichosas y el afán de novedades” (*Escritos* 253).

Junto a Virgilio y otros autores de la tradición latina, los escritores del Siglo de Oro español son considerados por Caro modelos literarios dignos por su autenticidad y pureza, separada de mezclas innecesarias de otras lenguas o países. En comparación con “el espíritu novelesco y falaz de los franceses”, “la civilización española tiene mucho que es suyo propio, mucho que no debe a la civilización europea y que la caracteriza notablemente” (“La crítica literaria” 52). Esta “contaminación” que representaría la inmediación con producciones culturales de Francia y Alemania, se opone a la necesidad de mantener un espacio cerrado que, a través de la lengua castellana —descendiente de la latina—, configuraría una unidad en la sociedad. La contaminación no solo afecta el plano literario, sino que se conecta directamente con las ideas políticas: “Casi todos aquellos literatos, Moratín, Meléndez, Herosilla, Burgos, de afrancesados en literatura pasaron sin dificultad a serlo en política, y sirvieron al usurpador” (“Americanismo” 121). Así, mantener relaciones exclusivas con España era una necesidad imperante en la sociedad que le interesaba construir a Caro, por lo que convenían mucho más, como ya se dijo, los modelos literarios españoles y de la antigüedad.

En el estudio de Caro sobre el poeta mexicano Roa Bárcena, esta necesidad se hace evidente. Justamente, el autor elogia el estilo poético de Roa Bárcena, pero también crítica el tema “precolonial” que desarrolla en algunos de sus poemas:

Forman el segundo linaje de leyendas americanas, las que relatan sucesos del período colonial, y son las que decididamente preferimos, como *poesía hispanoamericana de veras, por las tradiciones de familia que consignan*, a diferencia de los poemas relativos a épocas más remotas, y por el color local y adornos descriptivos que estas leyendas, tanto como esas otras, admiten en la ejecución. (“José María Roa Bárcena” 188. Las cursivas son mías)

El rechazo de los temas propiamente americanos —que también veíamos en el rechazo al romanticismo de construcción nacional— viene dado por la necesidad de afirmar la tradición española que conecta a la nación directamente con el catolicismo y la unidad en la preservación de su lengua: el castellano. El hispanismo formó parte esencial de las discusiones sobre la construcción de nación durante el siglo XIX latinoamericano. Su defensa abogaba por la preservación de la herencia española como base de la identidad

nacional a través de la consolidación de la religión católica y la lengua. Las reformas liberales de mediados del siglo XIX, en Colombia, desarrollaron discursos anticoloniales y de modernización. Las reformas atacaron el poder político de la Iglesia dentro de la organización del Estado y tomaron posturas antihispánicas ante los legados coloniales que incluían las cuestiones sobre la estructura política colonial, la religión, las costumbres, la educación, la literatura y la lengua española.

Los modelos liberales franceses jugaron un papel importante en el diseño de estas reformas, por lo que varias de las críticas literarias de Caro atacan los proyectos que recurren a modelos extranjeros franceses o alemanes para construir literatura cuando se tiene un modelo tan “legítimo” como el de España. Por ejemplo, en su artículo “Afrancesamiento en la literatura” se demerita la lengua francesa en la construcción poética:

Siendo tan lógico, no es nada poético. Monótono en sonidos, modulación e inflexiones, inalterable en la coordinación de las partes del discurso, falto por consiguiente de ritmo, lo más a que puede aspirar en verso es a vencer dificultades, y a hacerse perdonar lo que niega al oído, hablando directamente al corazón, y evitando en lo posible el desagradable tropiezo de sílabas ásperas y de repetidas cadencias; en las cuales tal vez lo rebuscadas desluce lo imitativas. (18)

Tomar modelos franceses para la literatura llevaba, necesariamente, a una contaminación del lenguaje, y era imperioso mantener una unidad lingüística basada en el castellano. La lengua era la vía directa que conectaba América con España, lo que permitía reafirmar el vínculo entre dos naciones que, aunque distantes geográficamente, se encontraban fuertemente conectadas: “sólo cuando un grupo de naciones tiene un idioma común, puede la una pasear por el territorio de la otra sus banderas como amigas, no ya como conquistadoras” (“Fundación” 131). Por tanto, cuanto menos se modificara la lengua castellana, más sólida y fuerte sería aquella conexión. Siguiendo a Caro, el control sobre la lengua era, a su vez, un control sobre la sociedad; hacer de la palabra algo libre era hacer libre también la acción, lo cual era inaceptable teniendo en cuenta la importancia del orden para la sociedad: “Tiempo es que invoquemos el orden, no para matar la libertad, sino para meterla en buen sendero, corrigiendo oportunamente sus extravíos” (“Afrancesamiento” 29).

En este contexto se crea la Academia Colombiana de la Lengua en el año 1871. Aunque la institución dijo alejarse de las discusiones partidistas, su centro ideológico giró en torno a la pureza de la lengua como elemento de cohesión social y, en

consecuencia, respondía a los intereses políticos de un grupo de letrados de tendencia conservadora. Que la fundación de la Academia se haya fundado en medio de estas disputas sobre la llamada cuestión española deja clara su intención política y el papel que quería desempeñar en la construcción de nación.

El objetivo principal de esta institución era ayudar a la Real Academia Española a “conserv[ar] [la] hermosa unidad [de] la lengua española en ambos Continentes” (“Fundación” 140), propósito que, según los fundadores, no participaba de las disputas políticas partidistas sino que buscaba un interés común, el estudio de la lengua: “debe también observarse en loor suyo, que aun en aquellos períodos de inteligencias políticas, sus producciones no participaron de sus simpatías ni de sus desvíos” (“Fundación” 136). Esta intención de presentar a la fundación de la Academia como un gesto alejado de los conflictos políticos partidistas buscaba legitimarla y que se integrara al orden estatal. Si tenemos en cuenta que sus fundadores hacían parte del partido conservador, podemos interpretar este gesto como estrategia política para institucionalizar la Academia y para asociarse directamente con instituciones españolas sin que eso representara un acto evidentemente político. Fortalecer los lazos con España suponía una conservación de instituciones como la Iglesia, constantemente amenazada por los gobiernos liberales y pilar fundamental para la construcción de nación, según la tradición conservadora — como después se va a constatar durante la Regeneración—. Sin embargo, los liberales identificaron su carácter político y no le otorgaron el carácter estatal, por lo cual siguió funcionando como entidad privada (Padilla 92).

Un análisis del discurso de Caro en la fundación de la Academia permite comprender el papel político que se le asignaba a la unidad lingüística como eje principal en la construcción de nación. La lengua es el eje central de la primera parte del discurso, la lengua como patria, como “segunda patria” que une a distintos países y crea comunidad (imaginada, si atendemos a Benedict Anderson). Esta idea se refuerza a través de los símiles de lazos familiares; el discurso la representa como una relación fraterna que se rompió, pero que, por decreto divino, hay que restablecer:

Pueden hermanos menores obligar al mayor a reconocerles su libertad; pero no les es lícito insultar a la madre. Derecho tuvieron los americanos a emanciparse del gobierno español, pero no les es dado, sin maldecirse a sí mismos, maldecir la tierra y el nombre de España. (“Fundación” 133)

España se configura como una madre que exige el retorno y la reconciliación: “Sí: todo se hereda, todo se transmite por la generación. El hijo que para salir de la patria potestad pretenda renunciar cuanto a sus padres debe, tendrá que desechar su propia sangre y su misma vida” (134). Esta metáfora de la madre permite, además, que mediante la lengua se puedan unir todos sus hijos: “Si la lengua es una segunda patria, todos los pueblos que hablan un mismo idioma, forman en cierto modo una misma nacionalidad, cualesquiera que sean por otra parte la condición social de cada uno y sus mutuas relaciones políticas” (134). A través de la noción de la lengua como patria y de España como madre se propone una nación fundamentada en la unidad lingüística que, por supuesto, promueve el establecimiento institucional del castellano “alto”, lo que subordina y regula las expresiones del registro oral.

La idea de unidad lingüística descartaba las lenguas indígenas y cualquier tipo de dialecto, y promovía un purismo ortográfico que, a su vez, daba cuenta de una de las tareas de la Academia. La noción de unidad permite analizar el proyecto de nación que estaba considerando esta élite hispanista: una nación que, bajo los preceptos de la iglesia católica y de la lengua española, fuera una sola con España y sus tradiciones:

Que si la unidad de lenguaje ha sido siempre una bendición de Dios, un principio de fuerza incontrastable, la multiplicación de dialectos ha sido a su vez, desde la ruina de Babel, castigo providencial, anuncio de debilidad y presagio de destrucción de naciones enteras. (“Fundación” 132)

Cabe destacar que, a pesar de que el discurso de fundación de la Academia da cuenta de una defensa de la tradición colonial en contraposición con el discurso antihispanista de los gobiernos liberales, este parte de los debates y los tópicos que desarrollaban los discursos de corte liberal, solo que modificando los símbolos: aparentemente, la nación se piensa bajo los términos de igualdad, progreso y fraternidad que también promovían los liberales. Sin embargo, estos conceptos esconden una necesidad de conservación de las jerarquías, de legitimación a través de una lengua escrita y la unión definitiva con instituciones coloniales.

Hasta ahora hemos podido analizar tres elementos fundamentales de la crítica literaria de Caro: la religión como eje creador indispensable para la elevación moral; la imitación de los modelos literarios “familiares”, es decir, latinos y españoles; y la necesidad de mantener una unidad lingüística castellana. Estos tres pilares son comunes al plan político de la Regeneración que emprendió Miguel Antonio Caro junto a Rafael



Núñez: “Religión católica y lengua española, los dos pilares de la Constitución de 1886, no sólo tenían, entonces, el pretexto de dar unidad a la Nación, sino además el propósito ideológico de un programa restaurador” (Sierra 31). La identidad de la nación colombiana estaba adherida a la hispanidad por medio de estos dos elementos (lengua y religión), y las reformas liberales la habían debilitado; de ahí la necesidad de “regenerar” el lazo materno:

[...] sin unidad, las fuerzas se fraccionan y descarrían, y el progreso social no sólo se entorpece, sino que se hace imposible, hasta que esfuerzos nuevos se conjuran a restablecer la perdida unidad. La corrupción creciente de una lengua arguye desorganización social; y entregarse con indolencia o con placer a esa corriente, es seguir sin miedo o adoptar con gusto un rumbo evidentemente extraviado o retrospectivo, con respecto al que sacando a los pueblos del estado salvaje los encamina a sus gloriosos destinos. (“Americanismo” 129)

La religión católica como base de cualquier sociedad permite mantener la unidad moral, y la unidad lingüística permite crear lazos de hermandad, de patria. Caro promovió “una cultura de ‘credo y patria’ en la que el arte es pensado como medio privilegiado para restaurar los valores espirituales y recristianizar la cultura en una época [...] dominada por el materialismo” (Ramírez 78).

## II. Traducción

La tarea de Miguel Antonio Caro como traductor tampoco puede desligarse de su proyecto de construcción de nación. A través de la traducción, Caro pretende definir y perpetuar los símbolos culturales y morales que considera definitivos de la hispanidad. Como señala Cécile Serrurier, las traducciones “también debe[n] integrar el corpus textual decimonónico a estudiar en relación con los debates políticos y polémicos que atraviesan una cultura todavía en construcción” (119).

La importancia de la imitación de modelos literarios dignos en la configuración de la literatura nacional, así como la necesidad de establecer lazos familiares con la cultura clásica, podría explicar la inclusión de la traducción como tarea necesaria en este proyecto. Sin embargo, Caro no se limitó a traducir poetas latinos o griegos, sino que tradujo en múltiples ocasiones autores franceses e ingleses, lo que señala que estos dos principios no son suficientes para explicar la relación de la traducción con su proyecto político. Por esto, sin pretensión de exhaustividad, quisiera analizar brevemente cómo

los tres pilares fundamentales, analizados ya en la crítica literaria (religión, imitación de modelos latinos y unidad lingüística), son esenciales también en la concepción y en la tarea de Caro como traductor. Como indica Doris Castellanos, estos tres pilares “tuvieron una influencia definitiva, no solo en las traducciones de poesía clásica, sino también en las traducciones de poesía contemporánea” (18).

En la introducción a sus *Traducciones poéticas* (1889), Caro manifiesta la importancia que tiene la traducción en relación con la literatura y la poesía:

El arte de traducir en verso, a cuya perfección concurren dotes de naturaleza, activo ejercicio y reflexiva observación, no obstante ser ramo importantísimo de la literatura y de la poesía, ha sido de ordinario mirado con menosprecio, como operación servil y mecánica, con indiferencia, como entretenimiento enteramente caprichoso. (ix)

Caro plantea que la traducción requiere de una labor constante y ardua basada en “dotes de la naturaleza” y en “el estudio comparativo de las lenguas y de los escritores” (xvii) y que, además, no ocupa el lugar inferior que se le ha dado frecuentemente. En la medida en que la traducción no es una labor menor, “[s]e comprende fácilmente que escaseen las buenas traducciones poéticas” (xix). La importancia de la traducción para Caro radica también en sus implicaciones para la lengua castellana que, al contacto con tradiciones y lenguas específicas, podría enriquecerse y fortalecerse:

La lengua latina, al contacto de la griega su hermana, dio un vuelo prodigioso, y la literatura romana, apartándose de las tradiciones nacionales, fue, en su edad de oro secuaz de la literatura griega. [...] Por modo igual el romance castellano, sencillo y grave en las leyes del Rey Sabio, carecía de blandura musical y de aquellos primores que comunican el arte y gusto acendrado, cuando los españoles afianzaban su prepotencia en Italia. De ellos cuantos pasaban a la península vecina, ya como guerreros o ya como diplomáticos, cortesanos tal vez, y de ordinario no faltos de rudimentos de erudición, no se desdeñaban de aprender la lengua italiana y de examinar sus tesoros, e inspirándose muchos en esas fuentes, escribieron obras que marcan un progreso casi súbito y un impulso trascendental en las letras castellanas. (“José Eusebio” 67)

El castellano, durante el Siglo de Oro, tuvo la oportunidad de fortalecerse a partir de la influencia de modelos italianos. No obstante, la influencia de otras lenguas sobre el castellano debía ser limitada y mantenerse vigilada, de lo contrario su “pureza” correría peligro. El traductor, entonces, es el encargado de sopesar las influencias que, tal como el griego al latín, pueden beneficiar el castellano. Siguiendo a Castellanos:

[...] el oficio de traductor para Caro tiene como primera condición mantener la pureza de la lengua de llegada. Y para ello, el traductor tiene que tener claro que la lengua, la moral y la nación son entidades que van de la mano, de este modo, aquello que atente contra alguna de las tres, va en detrimento de la lengua. (27)

El principal interés de Caro por la traducción fue, nuevamente, la obra de Virgilio. Dedicó la mayor parte de su labor a la traducción de la *Eneida* y, como ya se mencionó en el apartado anterior, el interés por esta obra tiene que ver con su carácter religioso y nacionalista. La obra de Virgilio es un modelo digno de traducir, pues hacerlo conlleva un beneficio para un país que aún no encuentra sus bases nacionales, de ahí la necesidad de tener acceso a su versión castellana. La *Eneida*, que se consolidó como la obra épica romana, podría llegar a ser el modelo para la épica latinoamericana, en contraposición con aquellas propuestas de corte regionalista:

Un alma que saca a la luz sus ideas, sentimientos y pasiones, y que acierta a dejar en páginas escritas una perpetua vibración de sí propia, es un ejemplar de la humana naturaleza; y si la naturaleza es digna de imitación, aquella alma, aquello que fue producción suya, puede ser, y es a veces, un modelo, quizá un dechado admirable. (“Poesías” 243)

Las traducciones de la obra virgiliana, hechas por Caro, recibieron elogios de reputados latinistas como Espinosa Pólit, Menéndez Pelayo o José Manuel Rivas. De estas traducciones se elogiaba, además del conocimiento del latín, la capacidad para interpretar y transmitir con claridad las ideas del autor latino. Rufino José Cuervo, en su comentario sobre la primera parte de la traducción de la *Eneida*, establece la diferencia entre lenguas sintéticas —expresan mucho en pocas palabras como el latín y el griego— y lenguas analíticas —requieren de un alto nivel de particularización y explicación como el español—. El reto del traductor sería no dejar perder en una lengua analítica la capacidad de expresión de una lengua sintética (Cuervo 7). Otra dificultad se halla en la

capacidad de adaptar al español el metro poético latino, que se pierde, irremediablemente, con la traducción. Cuervo considera que, a pesar de estas dos grandes dificultades, Caro logra una traducción “sumamente exacta”, sin tener que sujetarse rígidamente a las palabras en latín y, además, “transparenta [sic] con perfecta claridad las ideas del texto, sorprendiendo por dos circunstancias especialmente: la concisión del estilo y lo atinado de la interpretación” (10). Para Cuervo, la traducción debe, por encima de todo, expresar el contenido con las palabras y la forma poética más adecuada en la lengua de destino, sin importar la “fidelidad” que se le guarde al texto de origen.

Estas consideraciones de Cuervo están relacionadas con la manera como Caro concibe la traducción, en la que prima la fidelidad al contenido más allá de la exactitud formal:

Por natural amor a la verdad, procuré siempre la fidelidad, aunque sin confundir la exactitud literal con la formal. Mis estudios y meditaciones han confirmado e ilustrado esta propensión, que, por lo vieja, más me parece ingénita que adquirida. Entiendo que traducir es difícilísima labor mixta de imitación y adaptación, de refundición y correspondencia. (Caro, *Traducciones xx-xxi*)

La fidelidad como elemento para transmitir la “verdad” es fundamental en relación con el proyecto nacional. El mismo Cuervo insta esta relación al mencionar que “es deber de patriotismo cooperar a la pronta terminación de éste que con justicia puede llamarse monumento de gloria nacional” (3), entendiendo también esta traducción como un beneficio nacional.

Su empleo de octavas reales en la traducción de la *Eneida* recibió varias críticas. Menéndez Pelayo comentó:

La traducción del Sr. Caro es sin duda la mejor que poseemos en castellano, á lo menos tomada en conjunto. Hay pasajes débil ó vagamente traducidos, y adolece además del vicio capital de estar en octavas reales, forma sumamente artificiosa, y que quita al traductor mucha libertad, y al traslado mucha concisión. Pero admitido este pié forzado, sólo hay motivos de admiración en el trabajo del Sr. Caro. (*Traductores xlix*).

Caro defendió su elección en el artículo “Del metro y la dicción en que debe traducirse la epopeya romana” respondiendo que:

[...]la octava simétrica pero no complicada, grave pero flexible, es a mi juicio la combinación más feliz que se ha inventado para la epopeya, y tiene además en su favor estar consagrada por los mejores épicos modernos, que adoptándola por molde de sus pensamientos e imágenes le han comunicado el tono y sabor de sus propias creaciones. (224)

Esto indica que Caro estaba pensando en el puente que podía crear entre la *Encida* y la tradición épica castellana para insertar un modelo sin que se sintiera ajeno, reconociendo el carácter de adaptación necesaria en la traducción. Al respecto, afirma Castellanos que la traducción de Caro no es imitativa sino analógica:

[...] la preocupación de Miguel Antonio Caro por la manera en que un texto se vertía en la lengua receptora y qué tipo de literatura se leía, le ubica en la segunda forma de traducción [es decir, analógica], pues a Caro le interesaba definir qué tipo de ideas debían circular y además cómo debían ser expresadas por la letra. (30)

La traducción le interesa, entre otras cosas, por las posibilidades en la lengua y cultura de destino, es decir, la cultura colombiana. No se trata de traer modelos ajenos a la sociedad, sino de integrarlos de tal forma que se conviertan en pilar cultural y moral.

Por su parte, Espinosa Pólit, después de analizar el tema del metro poético, considera que lo más importante a la hora de traducir es captar el sentido original de la obra:

[...] pues si es importante que existan buenas traducciones para uso de quienes no pueden leer al poeta en su texto original, mucho más importante es que se llegue a captar, genuino y cabal, su mensaje, y que para esto se tenga la clave de la interpretación verdadera de su obra. (77)

Precisamente, este “sentido original” parece ser el mismo “amor por la verdad” que señalaba Caro antes.

Espinosa Pólit (83) resalta en Caro la capacidad de reconocer en la *Encida*, de Virgilio, el plano simbólico, asociado a la religiosidad que es, finalmente, lo que la hace

una obra universal. En la medida en que la atención de Espinosa Pólit se centra en este plano simbólico de la obra de Virgilio, valora en la traducción de Caro la capacidad de transmitir esta interpretación, más allá del metro utilizado. El carácter sagrado que Caro encontró en un autor como Virgilio, le permitió integrar la cultura clásica a su proyecto de nación, ya que “el espíritu de la Iglesia y el desarrollo fecundo del catolicismo no están de manera alguna opuestos al estudio de la literatura griega y romana” (“Afrancesamiento” 17).

En ese sentido, volver sobre la literatura latina no era más que volver sobre las raíces españolas que habían legado la cultura romana. Los estudios clásicos representaban, a la vez, las bases de un origen europeo que, con el movimiento independentista, se había querido borrar. Con este fin, Caro emprende la traducción de una obra como la *Eneida*, no solo por su valor poético, sino por su valor histórico y su carga nacionalista, como ya señalamos.

Una vez se comprende la relación entre traducción y sociedad que establecía Caro, puede comprenderse también la necesidad de la fidelidad como criterio predominante en sus traducciones. Este autor consideraba que “[...] los poetas, según mi opinión, deben traducirse con fidelidad y, al mismo tiempo, en la medida de lo posible, poéticamente”<sup>9</sup> (*Versiones latinas* II). En su obra hay una preocupación constante por transmitir el contenido que la obra propone sin llegar a tergiversarlo en la lengua de destino. Pero esta fidelidad no se guardaba en el campo formal, pues había también una preocupación por hacer funcionales esos símbolos en una lengua como el español, con sus propias posibilidades formales. Así, la traducción de los clásicos, específicamente de Virgilio, es para Caro una forma de construir nación, pues pretendía que sus modelos hicieran parte del sistema cultural de destino. No se trata, entonces, solo de traducir palabras, sino de traducir símbolos compatibles con sus intereses políticos y culturales como ya hemos visto hasta aquí.

Ahora bien, en sus *Traducciones poéticas*, Caro no solamente incluye traducciones de autores latinos, además reúne trabajos de otras lenguas como el inglés y el francés. Esta inclusión causa desconcierto porque, si la conexión que pretende establecer entre los modelos latinos y la cultura colombiana de la época es clara hasta ahora, no se explica este nuevo interés que iría, bajo nuestra lógica, en contra de sus intereses políticos y morales. El francés y el inglés, contrario a lo que sucede con el latín o el italiano,

<sup>9</sup> En el original: “[...] poetas, mea opinione, fideliter, ac simul, quantum fieri potest, poetice converti oportere”. La traducción es mía.

representan un peligro para el castellano, tal como se concluye de su artículo “Afrancesamiento en la literatura” y tal como lo hemos visto a lo largo del artículo. Suponen no solo un peligro gramatical, sino moral, pues consentiría la entrada de ideas ajenas a las que formula el proyecto de nación que se propone el autor. Antonio Rubio y Lluch (1923) reflexiona sobre las traducciones de poetas franceses en la antología del autor y dice: “Caro desecha las amplificaciones y corrige los descuidos del poeta francés [Lamartine], y los convierte en frases acabadas y de intachable corrección” (137). Es como si Caro estuviera interesado en reafirmar su erudición y la superioridad del castellano a través de los poemas que allí traduce: “Las décimas del poeta bogotano tienen una rotundidad y energía que es inútil buscar en los metros franceses” (137).

Es cierto que la figura del letrado de la época requería necesariamente el conocimiento de distintas lenguas y así lo demuestra Caro. Las traducciones de autores como Víctor Hugo, Chénier o Lamartine, entre otros, implicarían un ejercicio de exploración en la lengua francesa que, posteriormente, sustentaría sus críticas literarias, tal como afirma Castellanos en su texto (30). Esta propuesta se sustenta en la crítica literaria de Caro, que incluye el análisis de autores a los que critica y rechaza, como por ejemplo a Víctor Hugo. También es cierto que el rechazo de Caro por las políticas francesas o inglesas no suprime la posibilidad de admirar a poetas que se han consolidado como clásicos en la historia de la literatura mundial. Sin embargo, si volvemos a la importancia del ejercicio de traducción para Caro, encontramos que no es un trabajo de erudición solamente. Nos inclinamos más hacia la propuesta de Serrurier, según el que “los textos traducidos representan espacios textuales donde podemos y debemos seguir analizando la construcción de una postura, sea liberal o conservadora” (118).

Serrurier, a través del análisis de algunas traducciones francesas incluidas en *Traducciones poéticas*, concluye que estas son determinantes en la consolidación de su proyecto político. En la antología de 88 poemas, 25 vienen del francés, lo que indica que, aunque el lugar de estos autores no es central, se encuentra presente. La disposición temática del libro permite identificar la importancia de la religión para Caro, pues empezando por una parte dedicada a “Amatorias, elegíacas y fantásticas”, pasando por “Afectos patrios y domésticos” e “Históricas, mitológicas y guerreras”, culmina en “Religiosas, filosóficas y morales”, cuyo contenido es el más amplio. Serrurier deduce de esta estructura que: “Caro dibuja en su libro una trayectoria general que es, a la vez, una trayectoria espiritual, culminando *in fine* en la afirmación de la religión y de la moral cristiana” (127). Por supuesto, el hecho de ubicar la temática religiosa al final da indicios

de su importancia en el proyecto político-literario de Caro, pero si observamos las demás temáticas encontramos que son aquellos temas que también se repitieron en su crítica literaria: la patria, la historia, la moral, la filosofía y la religión. En sus traducciones poéticas encontramos que temas como el amor provienen de autores de la tradición romántica, que para Caro tienden a emparentarse con el amor religioso. Es el caso, por ejemplo, de la traducción de Sofía Gay, cuyo poema se titula “*Maris*”: en la traducción, Caro adopta el título “ÉL”, y a lo largo del poema sostendrá la mayúscula en el pronombre haciendo referencia a Dios. Algo similar ocurre en la traducción “Contigo”, de Thomas Moore.

Esta “acomodación” de lo extranjero está relacionada también con la inclusión de algunas traducciones ajenas en su libro, como la de “Evangelina” que hiciera Rafael Pombo del estadounidense Henry Wadsworth Longfellow; “El cinco de mayo”, de Manzoni, traducido por el español Juan Eugenio Hartzenbusch o la de “El ciego”, de Chénier, que hace Menéndez Pelayo. Aunque son pocas estas inclusiones de otros traductores, la intención de Caro es, además de hacerse un lugar él mismo entre la tradición latinoamericana y española de la traducción, defender la idea que sugiere que al español le convienen algunas características extranjeras siempre y cuando esto no obstaculice su idea de nación:

Desde Arjona, traductor de Estacio, y Jáuregui, feliz intérprete del *Aminta* del Tasso, en el siglo XVI, hasta Bello (modelo el más perfecto en este género), hasta la Avellaneda, Llorente y Mácperson en nuestros días, nunca faltaron en las naciones hispanas poetas que enriqueciesen la literatura patria con excelentes traducciones, interrumpiendo la monotonía de modas tiránicas, avivando los ingenios enfermos de amaneramiento con conceptos, imágenes, y aun modos nuevos de expresar el pensamiento, traídos de fuera, pero acomodados á las condiciones geniales de la lengua de Castilla. (Caro, *Traducciones* viii-ix; énfasis propio)

Al respecto, vale la pena detenerse en la última parte de sus *Traducciones poéticas*. Algunos trabajos incluidos en esta parte contienen alteraciones de los originales que responden a un interés específico. Serrurier analiza dos traducciones: una del inglés John Dryden (1631-1700), “La fe católica”, y otra del francés Sully Prudhomme (1839-1907), “La oración”. En la primera, Serrurier encuentra que Caro, sin mención alguna, junta dos fragmentos de dos textos de Dryden distintos. El primero se titula “Religio Laici”, de 1682,



cuya idea central es la superioridad de la iglesia inglesa sobre la católica, pero Caro solo toma unas líneas relacionadas con la insuficiencia de la razón; el segundo se titula “The Hind and the Panther”, de 1687, del momento en el que Dryden ya se ha convertido al catolicismo. Al respecto, Serrurier afirma:

Resulta sumamente eficaz para el proyecto de Caro terminar la trayectoria de su libro con la palabra de un poeta clásico convertido hace siglos, prueba de la superioridad del catolicismo que convence y reúne a través del tiempo y del espacio en una fe única que proclama el título de su versión-*collage*, en toda la solidez dogmática de su grupo nominal. Por otra parte, el hecho de juntar dos textos escritos antes y después de la conversión de Dryden permite borrar sus diferencias históricas para uniformizarlos bajo la luz final de la revelación religiosa. (128)

En el caso de Prudhomme, Caro parece “invertir el sentido del poema o, por lo menos, impedir una de sus interpretaciones posibles y subversivas” (128), según la cual se puede entender que el yo lírico puede lamentarse o de no lograr encontrar la fe o de no encontrarla, porque definitivamente no hay nada. Caro, con la manipulación sintáctica y estructural del poema original, suprime la posibilidad de la segunda interpretación.

Las conclusiones que obtiene Serrurier, a partir del examen de estos dos ejemplos, podrían fortalecerse a través del análisis exhaustivo de la totalidad de *Traducciones poéticas*. Sin embargo, no es el objetivo de este apartado que, en principio, solo se interesó por la importancia que tenía la traducción para Caro con respecto a su labor como crítico literario y político. Pero basta como ejemplo este resumen para confirmar que, en efecto, la tarea de traductor para Caro era significativa y tenía una relación directa con su proyecto total de configuración de nación. Quizá un acercamiento desde las teorías de la traducción o de la literatura comparada permitiría desarrollar y problematizar en otros sentidos la obra del autor.

## Consideraciones finales

Aquí solo quiero referirme brevemente a la importancia de estudiar, de manera integral, la producción de un autor como Miguel Antonio Caro. No hacerlo lleva a caer en simplificaciones, según las cuales conviene estudiar al Caro filólogo o gramático dejando de lado o ignorando —a propósito— sus ideas políticas. Sus aportes a la tradición clásica en Colombia son valiosos, pero no debe desconocerse el componente político que las sustenta. Tampoco puede trivializarse su crítica literaria y por “anacrónica” dejarla a un lado. Todo lo contrario: el proceso de modernización en Colombia tuvo que enfrentarse a discursos muy bien consolidados en los círculos letrados de la época y no pueden entenderse el uno sin los otros.

La numerosa y diversa producción de un autor como Caro nos puede dar pistas de lo que fue el siglo XIX en Colombia: nada más distinto al siglo oscuro o de regreso a la Edad Media, como quizá aún suele señalarse. Precisamente la insistencia en consolidar este proyecto de nación es muestra clara de los múltiples contrincantes que debieron enfrentar Caro y sus simpatizantes durante la época: no se trata, entonces, de suponer que la Regeneración sucedió porque tenía que suceder, sino de conocer las circunstancias culturales e ideológicas que la hicieron posible en ese momento específico.

En todo caso, en este análisis parece persistir aquella paradoja que ya señalaba Erna von der Walde:

¿Cómo y para qué pensar la relación entre la palabra y el poder? Siempre está la sospecha de que perdimos la palabra cuando ésta se amuralló tras las gramáticas y los diccionarios, la moral cristiana y el principio incuestionado de autoridad del Estado y la Iglesia. La utopía consiste en intentar desandar ese camino, recuperarla, sacarla de ese lugar. Y hacerlo con palabras. (s.p.)

Mi acercamiento no espera ser exhaustivo. Vale la pena, por ejemplo, hacer un análisis de la prensa, específicamente de *El Tradicionista*, tarea que desearía emprender pronto. Lo que sí buscaba era dar una mirada que se rehúsa a separar literatura y política en la lectura de la obra de un personaje clave de la historia colombiana que parece pasar desapercibido en los estudios literarios —no tanto en los historiográficos o políticos—. Que la relación entre política y literatura pase desapercibida en algunos acercamientos críticos no es en absoluto trivial. Podría sugerir que, en algunos círculos, se admire su

prolijidad como letrado, porque se le ha aislado de su contexto político o, incluso, que ignoremos a propósito una parte fundamental en nuestra historia como académicos.

## Referencias

- Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Traducción de Eduardo Suárez. México: FCE, 1993. Impreso.
- Arango, Sofía Stella. “Las cartas abiertas a Brake cambian de remitente. *Examen de un error histórico en la crítica literaria en Colombia*”. *Estudios de Literatura Colombiana*, núm. 13, 2013. 11-24.
- Barreda Tomás, Pedro y Eduardo Béjar. Estudio preliminar. *Poética de la nación: Poesía romántica en Hispanoamérica (Crítica y antología)*. Boulder, Colorado: Society of Spanish and Spanish American Studies Series, University of Colorado, 1999. Impreso.
- Caro, Miguel Antonio. “Afrancesamiento en la literatura”. *Obras completas*, tomo II. *Estudios literarios*. Bogotá; Imprenta Nacional, 1920. Impreso.
- Caro, Miguel Antonio. “Americanismo en el lenguaje”. *Obras completas*, tomo V. *Estudios filológicos y gramaticales*. Bogotá; Imprenta Nacional, 1928. Impreso.
- Caro, Miguel Antonio. “Carta literaria”. *Obras completas*, tomo II. *Estudios literarios*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1920. Impreso.
- Caro, Miguel Antonio. “Del metro y la dicción en que debe traducirse la epopeya romana”. *Obras completas*, tomo II. *Estudios literarios*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1920. Impreso.
- Caro, Miguel Antonio. “El Quijote”. *Obras completas*, tomo II. *Estudios literarios*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1920. Impreso.
- Caro, Miguel Antonio. *Escritos sobre don Andrés Bello*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1981. Impreso.
- Caro, Miguel Antonio. “Fundación de la academia colombiana”. *Obras completas*, tomo II. *Estudios literarios*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1920. Impreso.
- Caro, Miguel Antonio. “José Eusebio Caro”. *Obras completas*, tomo II. *Estudios literarios*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1920. Impreso.

- Caro, Miguel Antonio. "José María Roa Bárcena". *Obras completas*, tomo III. *Estudios literarios*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1921. Impreso.
- Caro, Miguel Antonio. "La crítica literaria". *Obras completas*, tomo II. *Estudios literarios*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1920. Impreso.
- Caro, Miguel Antonio. "La religión y la poesía". *Artículos y discursos*. Bogotá: Iqueima, 1951. Impreso.
- Caro, Miguel Antonio. *Obras de Virgilio*. Bogotá, Editorial de la Librería Voluntad, 1943. Impreso.
- Caro, Miguel Antonio. "Oración de estudios". *Obras completas*, tomo III. *Estudios literarios*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1921. Impreso.
- Caro, Miguel Antonio. "Poesías de Menéndez Pelayo". *Obras completas*, tomo III. *Estudios literarios*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1921. Impreso.
- Caro, Miguel Antonio. "Tejera y sus censores". *Obras completas*, tomo III. *Estudios literarios*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1921. Impreso.
- Caro, Miguel Antonio. *Traducciones poéticas*. Bogotá: Librería Americana, 1889. Impreso.
- Caro, Miguel Antonio. *Versiones latinas*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1951. Impreso.
- Caro, Miguel Antonio. "Virgilio". *Obras completas*, tomo II. *Estudios literarios*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1920. Impreso.
- Caro, Miguel Antonio. "XIX Centenario de Virgilio". *Obras completas*, tomo III. *Estudios literarios*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1921. Impreso.
- Castellanos, Doris. "Miguel Antonio Caro como poeta-traductor". *Poéticas de la traducción*. Compilado por Francia Elena Goenaga. Bogotá: Ediciones Uniandes, 2012. 15-36. Impreso.
- Cortés Guerrero, José David. *La batalla de los siglos. Estado, Iglesia y religión en Colombia en el siglo XIX. De la independencia a la Regeneración*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2016. Impreso
- Cuervo, Rufino José. "Una nueva traducción de Virgilio". *Anuario de la Real Academia de la Lengua I*, 1874.1-15. Impreso.
- Deas, Malcolm. "Miguel Antonio Caro y amigos: gramática y poder en Colombia". *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*. Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1993, págs. 25-60. Impreso.

- Espinosa Pólit, Aurelio. "Miguel Antonio Caro, intérprete de Virgilio". *Thesaurus*, vol. 11, núm. 1, 1955-1956.75-92. Impreso.
- Jaramillo Uribe, Jaime. "Miguel Antonio Caro y el problema de la valoración de la herencia espiritual española en el pensamiento colombiano del siglo XIX". *Thesaurus*, vol. 10, núm. 1-3, 1954. 55-77. Impreso.
- Jiménez, Andrés. "Ciencia, lengua e hispanidad en la construcción de la cultura nacional en Colombia, 1867-1880". *Iberoamericana*, vol. XIII, núm. 50, 2013.85-99. Web. 5 dic. 2022. <https://doi.org/10.18441/ibam.13.2013.50.85-99>
- Jiménez, David. *Historia de la crítica literaria en Colombia, 1850-1950*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2009. Impreso.
- Loaiza Cano, Gilberto. *Poder letrado. Ensayos sobre historia intelectual de Colombia, siglos XIX y XX*. Cali: Universidad del Valle, 2014. Impreso.
- Gómez Restrepo, Antonio. *Crítica literaria*. Bogotá: Minerva, 1935. Impreso.
- Guzmán, Diana Paola. "La razón y el lenguaje, principios para entender la regeneración desde la lengua: Miguel Antonio Caro". *Hallazgos*, vol. 11, núm. 22, 2014. 19-40. Web. 5 dic. 2022. <https://doi.org/10.15332/s1794-3841.2014.0022.01>
- Menéndez Pelayo, Marcelino. *Menéndez Pelayo y la literatura: Estudio y antología*. Editado por María José Rodríguez, Madrid, Editorial Verbum, 2014. Impreso.
- Menéndez Pelayo, Marcelino. *Traductores españoles de la Encida*. Madrid, Imprenta Central, 1879. Impreso.
- Padilla Chasing, Iván Vicente. *El debate de la hispanidad en Colombia en el siglo XIX*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2008. Impreso.
- Pérez Zapata, Santiago. "Miguel Antonio Caro: ideólogo católico de la idea de nación antiliberal en Colombia". *Historia y sociedad*, núm. 20, 2011. 151-177. Web. 5 dic. 2022. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/hisysoc/article/view/28120>
- Quiceno, Humberto, compilador. *La nación imaginada: Ensayos sobre los proyectos de nación en Colombia y América Latina en el siglo XIX*. Cali, Universidad del Valle, 2015. Impreso.
- Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Montevideo, Arca, 1998. Impreso.
- Ramírez, John Fredy. "Miguel Antonio Caro: concepciones estéticas y literarias". *Estudios de Literatura Colombiana*, núm. 2011, págs. 63-79. Web. 5 dic. 2022. <https://revistas.udea.edu.co/index.php/elc/article/view/12911>

- Rivas Sacconi, José Manuel. *El latín en Colombia*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1993. Impreso.
- Rubiano Muñoz, Rafael. “Miguel Antonio Caro y el pensamiento conservador ante las independencias hispanoamericanas”. *Opinión Jurídica*, vol. 9, núm. 17, 2010, págs. 193-214. Web. 5 dic. 2022. <https://revistas.udem.edu.co/index.php/opinion/article/view/166>
- Rubio y Lluch, Antonio. *Estudios hispano-americanos*. Bilbao: Eléxpuru Hermano, 1923. Impreso.
- Sanín Cano, Baldomero. “Núñez Poeta”. *Escritos*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1977.
- Serrurier, Cécile. “Usos de la poesía francesa en Antonio José Restrepo (*Poesías originales y traducciones poéticas*, 1899) y Miguel Antonio Caro (*Traducciones poéticas*, 1889)”. *Poligramas*, núm. 45, 2017. 117-132.
- Sierra Mejía, Rubén (compilador). *El radicalismo colombiano del siglo XIX*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2006.
- Sierra Mejía, Rubén. *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2002.
- Víctor Hugo. “Prefacio”. *Cromwell*. Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 1999.
- von der Walde Uribe, Erna. “Lengua y poder: el proyecto de nación en Colombia a finales del siglo XIX”. *Estudios de Lingüística del Español (ELiEs)*, vol. 16, 2002. Web 2 de julio del 2020.